

RECUERDOS DE ALFONSO COBIAN*

Fernando de Trazegnies Granda

¿Cómo recordar hoy a Alfonso Cobián? ¿Cómo tener la serenidad para destacar de su vida aquello que pudiera ser lo más notable, cuando toda su vida está todavía demasiado ligada a la nuestra, cuando su personalidad desbordante aún vive en nosotros con esa proximidad que no permite contentarnos con siluetas, que no perdona perder ni un solo trazo? Han pasado treinta años de su muerte y, sin embargo, siento como si fuera ayer el día en que, en compañía de su novia, María Amelia Fort, y de quien es ahora mi esposa, fui al Aeropuerto a despedirlo en su viaje a Lovaina. Recuerdo que entramos a la cabina misma del avión y lo dejamos instalado en su asiento, con su cinturón abrochado, lleno de ilusiones y de proyectos, sin imaginar que sería la última vez que lo veríamos... Han pasado treinta años, ¡más de la edad que tenía el propio Alfonso al momento de partir! Y, sin embargo, los que lo conocimos todavía sentimos el dolor de su prematura partida tan presente como en los primeros momentos; un dolor que nos ocultamos a nosotros mismos en medio de la agitación de nuestras vidas pero que reaparece apenas evocamos la memoria de Alfonso, y nos forma un nudo en el alma.

¡Qué difícil es hacer la semblanza de una persona tan compleja, tan rica, con tantas facetas como era Alfonso! Más aún si aquél a quien pretendemos describir no es un extraño al que podemos mirar desde fuera; no es un personaje de una escena de la vida en la cual nosotros hayamos sido meros espectadores, sino que fue un amigo en el sentido más grande del término, un amigo que era parte de nuestras vidas mismas, un amigo cuya amistad ha alimentado la formación de nuestra propia identidad, una persona con quien hemos compartido nuestras inquietudes y nuestras aspiraciones, nuestros sueños y nuestras pesadillas de juventud. Por eso, no voy a incurrir hoy en la vana ilusión de decir *quién* era Alfonso. Apenas si quisiera señalar *cómo* era, a través de algunas pinceladas sueltas, sin ninguna pretensión de orden ni sistema.

* Discurso leído en el acto académico realizado en el Instituto Riva-Agüero, el 30 de noviembre de 1990, en conmemoración del XXX aniversario del fallecimiento de Alfonso Cobián Macchiavello (Lima, 1936-Lovaina, 1960).

Conocí a Alfonso ya en la Universidad. No habíamos estado en el Colegio juntos ni nos habíamos encontrado de niños. Yo era algo mayor y, cuando se iniciaba el período de estudios correspondiente a mi segundo año de Letras, el P. Alarco me mencionó que había ingresado a la Universidad una persona excepcional con quien debía tomar contacto. El encuentro fue muy natural, pues inmediatamente Alfonso se convirtió en un polo de atracción de las conversaciones en el Patio de Letras. En esa época tan efervescente de los primeros estudios universitarios, en la que destruíamos y reconstruíamos el mundo con una facilidad maravillosa, el Patio de Letras era una verdadera institución: era el foro del saber, del cambio, de la renovación, era el lugar donde se exponían las ideas más hermosamente disparatadas, donde se aprobada o desaprobaba la historia, donde podíamos discutir casi a golpes unos a favor de Heráclito y otros de Parménides, donde Aristóteles era casi un familiar, Santo Tomás era nuestro confesor intelectual y Platón un maestro venerado, con ideas que rayaban en un extraño misticismo que mirábamos con curiosidad y con desconfianza.

En esas horas de ocio intelectual, bajo el gran árbol central del patio del local de la Plaza Francia, Baldomero Cáceres nos hablaba de las excelencias estéticas del ballet y nos regalaba postales con reproducciones de cuadros cubistas que conseguía en el Plaisir de France. Lucho Loayza hacía una silenciosa pero efficacísima labor de apostolado de las obras de Borges y repartía ejemplares de *El Aleph* entre quienes creía que habían sido más tocados por su prédica. Manuel Baquerizo se declaraba nihilista y Javier Valle Riestra, en eterno pleito con Javier Aljovín, daba conferencias grandilocuentes de marxismo sazonadas de situaciones bizarras. Como aquella en la que la policía lo hizo subir a un patrullero para advertirle que, como alumno de la Católica, no se mezclara con los problemas de San Marcos; y Javier Valle Riestra regresó diez minutos más tarde al Patio de Letras donde los estudiantes nos encontrábamos en agitada asamblea, para denunciar que lo habían hecho comer el pan de la cárcel y para instarnos a la revolución social a fin de liberarnos de la tiranía que había mostrado una vez más sus garras en él. Todos leíamos a Hermann Hesse y hacíamos esfuerzos para evitar caer en una detestable vida burguesa, entendiendo este término ciertamente no en el sentido marxista sino en la perspectiva de Nietzsche. Y, como telón de fondo, entre los grupos formados alrededor de destartaladas bancas que hacían acrobacias en tres patas sobre el piso de ladrillos, veíamos pasar, distantes en la jerarquía pero afectuosamente cercanos, a los maestros admirados, a Onorio Ferrero, a Luis Jaime Cisneros, a José Agustín de la Puente, a Raúl Porras Barrenechea, que eran nuestros epónimos de la vida universitaria y cuyo camino queríamos seguir algún día.

Alfonso casi instantáneamente se hizo conocido en estos corrillos y concitó la atención de todo el mundo por sus opiniones maduras, por la serenidad de sus juicios, que no parecían proceder de una persona tan joven. Sin embargo, no se piense que esta solidez de pensamiento estaba unida a una gravedad poco juvenil. Por el contrario, Alfonso tenía un sentido del humor excelente que, combinado a su fina

inteligencia, producía en unas ocasiones afiladas respuestas que dejaban sin habla al adversario o, en otras ocasiones, atinadas bromas que, arrojadas al grupo con gran sentido de oportunidad, causaban una carcajada que limpiaba la atmósfera cuando ésta se encontraba demasiado cargada por la pasión del debate. De tiempo en tiempo, Alfonso hacía imitaciones de figuras de la política o de la Universidad que provocaban la hilaridad general. Uno de sus personajes favoritos era el Cardenal Landáuzuri. Pero quién podría olvidarse de la manera como imaginaba al extraordinariamente lógico Dr. Cornejo Chávez pidiendo a quien sería su esposa que se casara con él, bajo la forma de un minucioso análisis de las 25 razones que tenía para amarla; o las imitaciones del P. Alarco de quien se decía que había alguna vez tomado parte en un concurso de imitaciones de él mismo y que Alfonso Cobián le había arrebatado el primer puesto.

Pronto nos hicimos muy amigos. Nos reuníamos en las noches para cambiar ideas sobre la filosofía, sobre el derecho, sobre la política, sobre el sentido de la Universidad; pero también sobre nuestras preocupaciones personales y sobre nuestras ilusiones de juventud. Alfonso vivía en Barranco con unas tías mayores y tenía un escritorio prácticamente con puerta a la calle, lo que le permitía recibir a sus amigos sin incomodar a su familia.

Era un gran conversador. Cualquiera que fuera el tema del día, era capaz de plantearlo de una manera original y creativa. Tenía un interés monstruoso por todo lo que pudiera ser objeto de conocimiento. A veces resultaba desalentador conversar con Alfonso porque, cualquiera que fuese el tema y a pesar de su juventud, siempre había leído un libro más que nosotros. De él podía decirse con toda propiedad lo que él mismo dijo de Ortega y Gasset: tenía una urgencia de omnívoro, devoraba con pasión cuanta nueva idea se ofrecía a su avidez intelectual. Parafraseando al propio Alfonso en otra expresión que él también aplicaba a Ortega, podríamos decir que "participaba desafiante de la confesión del griego: 'Nada de lo humano me es ajeno' ". En su tesis de Derecho afirma que "Los nuevos conocimientos generan efectos llamados radiales, repercuten en toda la esfera del ser e invitan a reexaminarla en sus cimientos". Y él ponía en práctica esta convicción, reexaminando continuamente sus propios cimientos... y los nuestros.

Sin embargo, todas estas pasiones intelectuales, todos estos focos múltiples de inquietud, tenían un hilo conductor: la perspectiva filosófica. La filosofía, para él, era saber racional y era vida, era esfuerzo de síntesis total y era profundización para llegar a lo universal en el corazón de lo particular, era crítica implacable y también adhesión casi mística a la verdad, era una mirada siempre nueva sobre las cosas y, al mismo tiempo, una visión de lo perenne y lo trascendente. Por un camino o por otro, el tema tratado por Alfonso adquiriría una dimensión filosófica que lo hacía más grande, más interesante, más novedoso. La perspectiva filosófica le permitía remontarse sobre las cosas y verlas desde arriba con tal amplitud y agudeza que todo lo que nosotros habíamos dicho antes nos sonaba después a trivialidades,

a banalidades propias de falta de altura: Alfonso, sin siquiera proponérselo, como la cosa más natural del mundo, nos ayudaba a levantar la conversación hasta darle alcances que nunca habiéramos imaginado.

Era la época del existencialismo. Quizá en Europa ya había pasado algo el apogeo de esta corriente de pensamiento. Pero en el Perú estábamos todos con gran curiosidad por las nuevas propuestas. Esta concepción dramática de la existencia humana ejercía una intensa fascinación en nuestros espíritus juveniles. Esa exaltación de la libertad que va creando su propio mundo a costa de destruir simultáneamente todas las posibilidades no realizadas, esa afirmación de la existencia sobre la esencia, del proyecto sobre la naturaleza, nos enardecía y nos angustiaba: la paradoja de aspirar al todo pero inevitablemente ir segregando la nada a través de nuestro actuar, nos encogía el corazón, nos hacía sentir que teníamos una responsabilidad superior a nuestras jóvenes fuerzas. La idea de que no existe una naturaleza humana sino que cada uno de nosotros tenía que hacerse su propia esencia, nos atraía con la fuerza de lo atrevido; la responsabilidad del compromiso en la elección, nos hacía madurar antes de tiempo; rechazábamos lo inerte, lo impersonal, lo "cosificado", sentíamos que teníamos la obligación de construir: de construir nuestra humanidad y las de los demás hombres.

Pero, al mismo tiempo, nuestras convicciones cristianas nos llevaban a rechazar como inaceptable que el hombre fuera una pasión inútil; no podíamos admitir que la expresión natural de la consciencia de nuestra diferencia con las cosas inertes, fuera la náusea. Hasta la angustia podíamos llegar; pero no a la náusea. La vida tenía que valer la pena de ser vivida, la libertad no podía ser una mera excrecencia sobre el ser sino una excelencia con un destino trascendente. Por eso, intentábamos acercarnos a las vertientes cristianas del existencialismo: Kierkegaard, Gabriel Marcel, Jaspers, Mounier. Sin embargo, Heidegger y Sartre tenían el atractivo de lo prohibido, de lo radical, de lo revolucionario. Alfonso buscó caminos por el existencialismo vitalista de Ortega a fin de tratar de encontrar otro punto de contacto entre las exigencias de nuestra fe y las nuevas ideas. Pero, a pesar de que esta inquisición lo marcó mucho, comprendió que el pensamiento de Ortega no era tampoco la solución a esta paradoja que no acertábamos a resolver.

En todo caso, los antecedentes nietzscheanos del existencialismo nos impulsaban a vivir la vida intensamente; y Sartre nos pedía que la viviéramos lúcidamente. Queríamos vivir de una manera auténtica, teníamos terror de la cotidianidad que pretendía envolvernos en sus comodidades burguesas y hacernos perder el dramatismo de nuestro compromiso con nosotros mismos. Gran parte de esas largas conversaciones nocturnas con Alfonso, las dedicábamos a preguntarnos si efectivamente estábamos siendo fieles a esa vocación de arco tendido o si, por el contrario, habíamos incurrido en falta de consciencia, en lugares comunes, en rutinas y adaptaciones, si quizá no nos habíamos dejado deslizar hacia una vida inauténtica. ¿Pensamos esto porque así "se" piensa en esta materia, porque así piensan otras

personas aunque sean muy respetables, o porque nosotros mismos lo creemos? ¿Hacemos esto porque así "se" hace, porque es lo usual o es lo que los demás piensan que es correcto, o porque nosotros mismos creemos que es correcto? Recuerdo muy vívidamente la seguridad con la que Alfonso promovía este tipo de dolorosos pero implacables análisis que nos iban obligando a hacernos recíprocamente adultos.

En materia de Derecho, Alfonso tuvo siempre una infatigable preocupación por vincular lo jurídico y lo moral. No podía admitir ninguna concepción del Derecho que lo redujera a una mera técnica neutra de compatibilización de las conductas humanas, no aceptaba ningún enfoque que eludiera la perspectiva ética. El Derecho tampoco podía ser una pasión inútil. Se opuso frontalmente al positivismo de Kelsen: buscar el fundamento del Derecho al margen de la esfera ideológica, decía Alfonso, es prescindir de la razón de ser de lo jurídico. Su fidelidad a la enseñanza tradicional de la Iglesia lo llevó a aferrarse siempre a la idea del Derecho Natural, a pesar de las objeciones que le encontrábamos a cada paso. Por mi parte, intentaba más bien buscar el ser del Derecho en esa libertad haciéndose conjuntamente con los otros, a la que se refería el existencialismo. Pero no encontraba un fundamento axiológico sólido en ese mundo cambiante y por hacerse de los proyectos humanos, salvo quizá el valor evanescente de la propia libertad que se escoge a sí misma en tanto que libertad. Alfonso rechazaba este camino porque pensaba que sólo conducía a un subjetivismo y a un relativismo axiológico, y pretendía reencontrar la objetividad en un Derecho Natural inteligentemente concebido. Esto fue tema de largas noches de Barranco hasta que, abrumados por el cansancio, a veces cerca del amanecer, dejábamos para una mejor ocasión la esencia y la existencia, la naturaleza, las causas finales, la libertad y el determinismo.

Otro tema apasionante era el de la organización estudiantil. En esa época, no existía Federación de Estudiantes en la Universidad; e incluso la idea misma de una Federación era muy mal vista por las autoridades universitarias. En este aspecto, teníamos una coincidencia total con Alfonso: era necesario constituir una Federación en la Universidad Católica, aunque a las autoridades no les gustara. Y así se hizo. Alfonso asumió un papel dirigente dentro de este movimiento estudiantil que nacía con ímpetu de adolescencia. Su gran ponderación, la serenidad de sus juicios, el control que tenía sobre sí mismo, permitió que la Federación cuajara sin conflictos, en un clima cordial con las autoridades y casi aceptada por éstas, a pesar de que no escaseaban espíritus exaltados de ambos lados. No es de extrañar que algún tiempo después Alfonso fuera elegido Presidente de la Federación en reconocimiento por los estudiantes de la importancia de una actitud como la suya. Y durante su Presidencia, fue firme con las autoridades pero al mismo tiempo respetuoso y hasta afectuoso.

No se crea, sin embargo, que Alfonso era solamente un interlocutor válido a nivel intelectual. Como todo joven, tenía las diversiones propias de su edad; y, como todo lo que hacía, las asumía también intensamente. Recuerdo una ocasión en que

Alfonso estaba en una fiesta donde sus primas Rosenthal, bailando de manera muy entusiasta. Un alumno de otra universidad, que sólo lo había conocido en las asambleas estudiantiles, se le acercó muy asombrado y le dijo cuánto le llamaba la atención de saber que era también un gran bailarín: "No es que lo sea", contestó Alfonso; "simplemente, ¡la alegría compensa la técnica!".

Alfonso fue, sin proponérselo y sin ninguna afectación o vanidad, un modelo y un guía para sus compañeros. Un modelo porque su vida era un ejemplo permanente del quehacer intelectual, profundo, comprometido y al mismo tiempo pleno, sin perder las demás dimensiones del ser humano. Y fue un guía porque siempre tuvo una palabra de ayuda, de orientación a quien lo necesitaba, siempre supo dar un consejo con un toque personal cuando más falta hacía. Prueba irrefutable de esta capacidad de liderazgo de Alfonso es que hoy, treinta años más tarde, seguimos recordando a este joven sesudo y alegre que un día de primavera tomó un avión para ir a enfrentarse con su destino en una antigua universidad europea y nunca más volvió.